

EN LA ANTESALA DE LA PRESIDENCIA. LA ELECCIÓN DE GOBERNADORES EN 2011

▪ Luz Lomelí Meillon* ▪

La elección de gobernadores en seis estados mexicanos, durante 2011, tiene como particularidad que se celebra en vísperas de la próxima sucesión presidencial. Los tres partidos que muestran capacidad electoral para contender con éxito por la Presidencia de la República —PAN, PRI, PRD— son los mismos que dominan el escenario de los comicios locales, con suerte diversa según la entidad de que se trate, razón por la cual se alude a ellos como partidos mayoritarios. En los dos niveles funcionan como ejes aglutinadores de las diversas alianzas electorales. Estas últimas permiten a los partidos minoritarios mantener su registro (y en ocasiones obtener cargos públicos), y a los mayoritarios sumar votos. La atención de

* Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), Nivel I; doctora en Ciencias Sociales (CIESAS Occidente), y profesora e investigadora desde hace 20 años en programas académicos de licenciaturas y posgrados del ITESO. Ha participado como miembro activo en varios grupos de investigación, de carácter nacional e internacional. Su línea de investigación es instituciones, actores y procesos políticos.

este escrito se centra en los tres partidos mencionados siempre en la perspectiva de los comicios presidenciales. También interesa su participación en las elecciones por los gobiernos estatales, para conocer su capacidad de captar votos en este nivel y porque dicho cargo, en sí mismo, representa poder político.

El inicio oficial del proceso federal 2012 está programado para octubre de 2011; sin embargo, durante los meses anteriores, el Instituto Federal Electoral (IFE) realizará actividades de planeación y están en marcha las precampañas extraoficiales de los que aspiran a ser los candidatos postulados por sus respectivos partidos. Detrás de cada aspirante se encuentran los grupos o fracciones que se mueven para lograr mejores posiciones y, en el mejor de los casos, conseguir la candidatura partidaria. En forma simultánea, se celebran comicios locales en siete estados;¹ como se señaló, en seis de ellos se disputa el gobierno de la entidad. Los dirigentes de los partidos se ven obligados a considerar en conjunto los comicios que se celebran cada año, tanto los federales como los locales. La diversidad de situaciones locales, junto con la competencia que libran las fracciones internas, con frecuencia provocan conflicto entre los consejos nacionales, los estatales y los posibles candidatos. La difuminación del perfil de los partidos vuelve frecuente “el paso” de los militantes de un partido a otro, con el propósito de aceptar la candidatura a un cargo público o por el disgusto con el proceso de selección de su partido de origen. La elección presidencial tiene prioridad, por lo que está presente en las decisiones que se toman respecto a los comicios locales. Conviene “leer” a estos últimos en función de la contienda principal, sin olvidar que la elección

1. En 2011 se celebran elecciones locales en siete estados: Baja California Sur, Coahuila, Estado de México, Guerrero, Michoacán, Nayarit e Hidalgo. En los seis primeros se elige gobernador y en el conjunto se disputan 233 ayuntamientos, 74 diputados por mayoría relativa y 42 por representación proporcional.

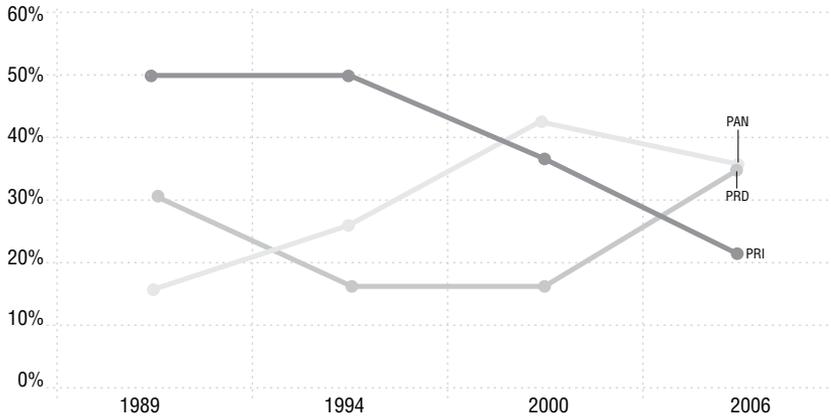
de gobernador es importante en sí misma y que tiene su propia dinámica derivada de las circunstancias e intereses de la propia entidad.

Los factores que intervienen en los resultados electorales siempre son muy diversos. En esta ocasión, entre los que tienen mayor peso se encuentran la violencia generalizada dentro del territorio nacional y la penetración del crimen organizado en todos los ámbitos sociales, políticos y económicos. La actividad subrepticia de los cárteles ilegales y la estrategia de combatirlos con las armas generan una peculiar situación de violencia y miedo a lo largo del país, y mayor interés de los grupos criminales por intervenir en la competencia electoral, forma legal de acceder al poder público. Resulta indispensable señalar esta situación que enmarca los comicios y los afecta en forma importante; pero la densidad del problema obliga a situarlo dentro de un paréntesis metodológico y determinar la vía de aproximación al tema que nos interesa: la posición de los partidos políticos frente a la elección presidencial. Con este propósito se observa su fuerza electoral en los comicios presidenciales y en el gobierno de los estados, en particular aquellos que eligen gobernador durante 2011.

1. Los partidos mayoritarios dentro del escenario electoral

Las elecciones de 1988 y 1994 otorgaron la Presidencia al Partido Revolucionario Institucional (PRI); y las dos siguientes —2000 y 2006— dieron el triunfo al Partido Acción Nacional (PAN). Una lectura inicial atribuye estos resultados al tránsito de “un pasado autoritario ya caduco” (1988 y 1994) a “una modernidad democrática” (2000 y 2006). Este punto de partida induce a asociar al PRI con “lo caduco”, al PAN con “la modernidad” y a exigir al Partido de la Revolución Democrática (PRD) que se convierta en una “izquierda moderna”, que renuncie a posiciones radicales y acepte sin cuestionamientos de fondo las reglas del “juego político”. En efecto, el ámbito político se transforma en favor de la democracia

■ **Gráfica 1** PAN-PRI-FC / PRD en elecciones presidenciales en México



Fuente: Elaboración propia a partir de cifras tomadas del IFE.

electoral; pero la tesis resulta insuficiente para explicar el devenir de los partidos en los años siguientes, porque éste contradice las previsiones y las caracterizaciones señaladas. Si se atiende a los resultados de los tres partidos que han mostrado la posibilidad de lograr la Presidencia de la República, se observa que su fuerza electoral está presente a lo largo del periodo 1988-2006 en grado suficiente para aspirar a la Presidencia en 2012, como lo ilustra la gráfica 1.

Los porcentajes del PRI descienden en forma progresiva (50.30%, 50.13%, 38.89%, 22.26%) pero lo conservan como el contendiente que disputa siempre el primer lugar, a excepción de 2006. En la primavera de 2011 se proyecta como el partido con mayores posibilidades de triunfar en la siguiente contienda, sobre todo si el PAN y el PRD no suman sus votos en favor del mismo candidato. La trayectoria de los porcentajes del PAN es diferente (17%, 26.69%, 42.52%, 35.89%). En 1988 su porcentaje fue muy bajo (17%) a pesar del carisma y el entusiasmo de su candidato Manuel J. Clouthier. Se elevó en forma notable en los dos comicios

siguientes, y en 2006 perdió casi siete puntos porcentuales. Este descenso no impidió conservar la Presidencia alcanzada en 2000. Los porcentajes del Frente Cardenista, más tarde PRD, experimentaron altibajos (31.10%, 17.07%, 16.52%, 35.33%). Tanto en las elecciones de 1988 como de 2006 reclamó su triunfo pero las autoridades correspondientes no lo reconocieron.

En la última elección presidencial (2006) las circunstancias del momento dieron lugar a que se polarizaran las percepciones ciudadanas. Para un amplio número de las y los electores existe la certeza de que la votación favoreció al FC / PRD y de que “En México, no es aceptable que una izquierda con proyecto alternativo llegue a la Presidencia”. Para otros más, esta fuerza partidaria quedó en segundo lugar; de cualquier forma, la instancia autorizada dictaminó en favor del Felipe Calderón, candidato del PAN y consideraron una obligación obedecer el resultado oficial. En definitiva, se valora o se rechaza la posibilidad de cuestionar las decisiones de los magistrados en un contexto donde prevalece la impunidad, a la vez que urge consolidar un “Estado de derecho”. Más allá del debate, el problema que subsiste es el descrédito de las instituciones y el descontento ciudadano que aleja a la gente de las urnas o que busca expresarse anulando el voto o emitirlo en favor de “candidatos no registrados”. Esta doble lectura permanece en vísperas de los comicios presidenciales y puede volver a manifestarse en una polarización que va más allá de la esfera política, con el consiguiente riesgo de mayor intervención de los llamados “poderes fácticos”.

2. Elección de gobernadores en 2011

A principios de julio se han celebrado cinco de los seis comicios para el cargo de gobernador. Falta el estado de Michoacán previsto para noviembre. De acuerdo con los resultados preliminares, en Guerrero resulta electo

Ángel Aguirre (54.69%), el candidato del PRD, Partido del Trabajo (PT) y Convergencia. En Baja California Sur triunfa el experredista Marco Covarrubias (40.35%), propuesto por el PAN y el Partido de Renovación Sudcaliforniana (PRS). En Coahuila, el porcentaje mayor de votos lo obtiene Rubén Ignacio Moreira Valdez (59.64%), candidato del PRI, Partido Social Demócrata (PSD) y Partido Primero Coahuila (PPC). En el Estado de México, el sufragio favorece a Eruviel Ávila (62.54%), propuesto por el PRI, el Partido Verde Ecologista de México (PVEM) y el Partido Nueva Alianza (PANAL). En Nayarit, el candidato con el mayor porcentaje (45.83) es Roberto Sandoval Castañeda, postulado por el PRI, el PVEM y el PANAL. En resumen, un gobierno estatal para el PAN, otro para el PRD, tres más para el PRI y un sexto por dirimir. En todos los casos, los triunfadores son postulados por coaliciones en torno a los tres partidos mayoritarios, pero en ninguna de ellas coinciden dos de estos partidos.

Frente a la elección presidencial, el número de entidades federativas que gobiernan los tres partidos mayoritarios proporciona un dato para establecer la coyuntura de 2012, así como un indicador de su fuerza político-electoral. Al sumar los resultados enunciados en el párrafo anterior a la filiación partidaria oficial de los gobernadores en ejercicio, el PAN gobierna ocho estados, el PRI, 19 y el PRD cuatro, incluyendo el Distrito Federal. Más allá de la persistencia de añejas prácticas cuestionables que incorporaron los partidos políticos, la fuerza electoral del PRI es incuestionable. Sin embargo, sus gobiernos locales no pronostican su regreso a los Pinos, ni representan una ventaja en el nivel federal. Lo anterior se confirma si se compara el número de gubernaturas que los partidos detentaron en 1999, víspera de la primera alternancia en la Presidencia de la República. En ese año, el PAN estaba a cargo de seis estados, el PRI de 21 y el PRD de cinco; 12 años después la diferencia numérica es escasa en general y, en particular, el PRI gobernaba dos más. Sin embargo, éste pierde por primera vez la Presidencia.

El nombre de los estados que gobiernan no son los mismos porque en la mayoría de ellos tiene lugar la alternancia; pero en el transcurso de más de una década también se han dibujado territorios donde prevalece alguno de los partidos, lo que les permite conservar el gobierno local en forma continua: Acción Nacional en Guanajuato, Jalisco y Baja California a partir de 1995; el PRD en el Distrito Federal desde la instauración del jefe de gobierno de dicha entidad, en 1997; y el PRI, en nueve estados: Campeche, Coahuila, Colima, Durango, Hidalgo, Estado de México, Quintana Roo, Tabasco y Tamaulipas. En estas entidades, donde las cifras muestran la preeminencia de un partido, existe la posibilidad de la alternancia, como lo demostró el caso de Querétaro, caracterizado como un territorio azul hasta que el PAN perdió frente al PRI, en 2009, y Sinaloa y Oaxaca, territorios priístas, donde en 2010 ganó la alianza PAN-PRD. La existencia de estos territorios donde la alternancia está en su horizonte, revela la vigencia de un formato de partido dominante que opera en un sistema electoral de competencia, a pesar de que subsistan prácticas clientelares, ilegales o corruptas. En la mayoría de los otros 19 estados, donde la alternancia es un hecho dado, prevalece un formato bipartidista; es decir, el gobierno estatal se disputa entre PAN y PRI, y en otros, entre PRI y PRD. En los comicios de 2011 participan dos territorios priístas: Coahuila y Estado de México. El ámbito federal es diferente, el formato de partidos es tripartito si se utiliza el criterio de considerar el número de partidos políticos con la capacidad electoral de acceder a la Presidencia.

El tema de la alianza entre PAN y PRD se hace presente para derrotar al PRI. En la contienda por los gobiernos estatales se dio por primera vez en 1999; sin embargo, se convirtió en tema de debate público en 2010 y sus resultados se magnificaron como estrategia frente a la elección presidencial. Esta alianza triunfó de manera menos ostentosa en los estados de Nayarit (1999), Chiapas (2000), Yucatán (2001) y Tlaxcala (2004). Sin embargo, en 2010 se proclamó como una alianza entre partidos antagó-

nicos y, por lo mismo, como un hecho inaudito. En tres estados considerados territorios invencibles del Revolucionario Institucional (Oaxaca, Puebla y Sinaloa) su éxito se anunció como símbolo de la fuerza opositora y de que el PRI puede ser derrotado. Es una respuesta a la sombra del PRI que las encuestas proyectan sobre Los Pinos.

El tema de la alianza entre PAN y PRD para derrotar al PRI vuelve a presentarse en 2011 durante la fase de elección de los candidatos. La propuesta se formula en Coahuila, en el Estado de México y en Nayarit, pero no se lleva a la práctica por diversas razones. En el Estado México porque los dirigentes no logran ponerse de acuerdo sobre un candidato que resulte aceptable para ambos; la carta fuerte del PRD, Alejandro Encinas, dada su trayectoria militante y sus convicciones políticas, es reacio a la propuesta, y por las mismas razones no es bien visto por los panistas. En Coahuila, el mayor obstáculo es el desacuerdo entre los dirigentes nacionales y los locales; los primeros desean pactar pero las dirigencias estatales hacen caso omiso de los acuerdos que se negociaban y designan sus propios candidatos por separado. En Nayarit, el derrotero de la alianza es semejante a lo ya dicho, la pugna entre fracciones pro y en contra de la alianza entre dos partidos que, en sus inicios, se presentan como alternativas irreconciliables. Hoy día, los dos partidos se ven divididos por corrientes que encuentran más semejanza con las de otros partidos, sobre todo aquellas que se autodenominan modernas y asumen que lo importante es la competencia por el poder.

Durante 2011, la posibilidad de la alianza entre PAN y PRD disminuye, pero no borra el significado que le dan los propios partidos. La estrategia se refiere a una alianza en particular: dos de los partidos mayoritarios contra el tercero. Fue importante para la elección de gobernadores y, por lo general, hasta la fecha resultó exitosa; pero el interés principal es la competencia por la Presidencia de la República. De alguna forma, se reedita la estrategia del año 2000, “Todos contra el PRI en pro de la

democracia”, y la consigna “Sacar al PRI de los Pinos” se transforma en “Impedir el regreso del PRI a los Pinos”. ¿Por qué se pacta en 2010, y por qué no en 2011? La respuesta se encuentra en que cada estado tiene una dinámica político-electoral diferente, y además por la diversa relación que guardan entre sí las élites políticas y económicas de la localidad. Su posibilidad y eficacia para la contienda presidencial se hace visible durante la elección de los candidatos, y depende también del arreglo de las fracciones dentro de cada partido según como se perciban en el espejo de las encuestas sobre la intención del voto y la aceptación de los posibles candidatos.

Sin embargo, no hay que olvidar que la elección presidencial tiene su propia dinámica, y que en los resultados intervienen múltiples factores cuyo peso varía según la coyuntura del momento. En este nivel, es fundamental la relación que guarden las élites políticas con las económicas, tanto nacionales como internacionales. Durante el proceso electoral cobran importancia el papel de los candidatos, la estrategia electoral, la mercadotecnia, la percepción y las preferencias de los electores, y de manera más relevante, las meta-preferencias, es decir, la consigna que atraiga el mayor número de motivaciones, que “jalen hacia sí” el sufragio (eje aglutinador de votos). De acuerdo con la estrategia de sumar fuerzas para “evitar el regreso del PRI” se puede lograr que esta consigna funcione como meta-preferencia como en el año 2000; pero puede competir con otra que surja de forma espontánea o intencional ante la necesidad “de seguridad para las ciudadanas y los ciudadanos” u otras semejantes. También existe una alta posibilidad de que las izquierdas sumen sus fuerzas, incluyendo el Movimiento de Renovación Nacional (Morena), liderado por Andrés Manuel López Obrador, y que formulen una consigna que se convierta en meta-preferencia. En este caso, la competencia se libra entre PRI y la coalición de las izquierdas.

Ésta y otras posibles disyuntivas tienen como centro la decisión del PRD de establecer alianza con el PAN o con Morena. En el primer caso, la unión del PAN y del PRD se vuelve competitiva frente a un PRI que proyecta la imagen de una fuerza electoral “arrolladora”. La balanza parece inclinarse hacia esta última (PRI). En el segundo caso, contiene la coalición de izquierdas. Para tener éxito está obligada a presentar una oferta que cuestione, en forma no radical, el *statu quo*; en palabras de uno de sus militantes: “una versión mexicana de Lula, el expresidente de Brasil”. De ser así, puede volverse a editar el pasado 2006. En las diversas situaciones que se mencionan existen altas posibilidades de que el PRI regrese “a los Pinos” con todos los interrogantes que sólo el futuro puede responder.

Al pensar en el proceso electoral 2011-2012 para elegir al presidente conviene no olvidar el hecho de que a lo largo de, al menos, dos décadas se transformó el ámbito político en favor de la democracia electoral y que las instituciones políticas cambian. Algunas de las transformaciones institucionales se operan de manera subrepticia, se conservan el nombre y la forma pero se modifican las funciones; un ejemplo que atañe al tema electoral es el partido político. Los partidos actuales no son los mismos que los existentes en la década de los ochenta. Esta aseveración plantea interrogantes pero también explica la difuminación de su perfil, la polarización de sus fracciones, el tránsito de los militantes de un partido a otro, la alianza de partidos que suman sus fuerzas para postular como candidato al militante de un tercero. Estas prácticas se vuelven habituales en la segunda década del siglo XXI, e influyen en el derrotero de los procesos electorales, en la forma de “hacer política” y en el progresivo distanciamiento entre gobernantes y gobernados. Estas prácticas están presentes en los comicios para gobernador y también en la elección presidencial y deben tomarse en cuenta.